

en Aquel que anima á cuanto respira, y á lavar con vuestras lágrimas algunas de las sangrientas y lívidas manchas con que está cubierto. En Belén le dísteis á luz sin dolor; pero en su muerte os es preciso sufrir un martirio mil veces más doloroso que el que padecen todas las mujeres en el momento de ser madres: *Illæsa, te, puerpera, non fecerat matrem dolor; nascente, quem nesciveras, orbata sentis filio.* (Habert.) *Dolores partus quos effugit pariens, illos tempore passionis sustinuit.* (Joan. Damas.) Porque es muy natural, que la inmensidad de vuestro dolor iguale á la inmensidad de vuestro amor.

Haced, oh María, que vuestro llanto haga correr el nuestro, y que vuestros genidos den á nuestros corazones la sensibilidad de que carecen. ¡Oh Jesús! ¡Oh María! Ya que en esta desgarradora escena nosotros somos los únicos culpables, los únicos tiranos que os martirizan, dejadnos participar de vuestros sufrimientos: *Totum scelus fatentibus partem doloris reddite.* No siendo extraños á vuestro cáliz de amargura, tenemos la dulce esperanza de que mediante nuestro arrepentimiento seremos un día partícipes de vuestra felicidad y de vuestra gloria.

CARDENAL VILLECOURT.

DISCURSO

PARA EL DÍA 15 DE MAYO.

ASUNCIÓN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—La muerte de María es una gracia,

SUBDIVISIONES.—1. Muerte santa.—2. Muerte sin dolor.

PUNTO SEGUNDO.—La resurrección de María es un triunfo.

SUBDIVISIONES.—1. Diferencia entre la muerte de Jesús y la de María.—2. Triunfo de María.

PUNTO TERCERO.—La recompensa de María es una coronación.

SUBDIVISIONES.—1. Coronación de María.—2. Coronación del Cristiano.

Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate.

A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos.

(Ps. XLIV, 10.)

Las palabras que acabáis de oír, A. H. M., y que en la Escritura Santa se dirigen á la Iglesia, la Iglesia, inspirada de lo alto, las aplica á María Santísima; á la Virgen, cuyo nombre, más halagüeño que la sonrisa de un Angel, y consolador como el pensamiento del Cielo, es por sí solo aquí bajo, para el hombre, una merced y una esperanza. Sí: María es una Reina, que en los palacios celestiales, en el seno de la eternidad, está sentada junto á Dios sobre toda criatura, en un trono inmortal: *Astitit Regina à dextris tuis.*

María es una Reina cuyas virtudes, como un conjunto de piedras preciosas, eclipsan el resplandor de los mismos Angeles: *In vestitu deaurato.* María es una Reina augusta que tiene en su corazón los tesoros del Cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad.

¡Oh! Cuán agradable, H. M., debe ser hoy para el cristiano que logre apartar sus ojos de la tierra y fijarlos en el Cielo, poder decirse con verdad: esa Mujer bendita entre todas las criaturas; esa

Mujer á quien Dios da el nombre de Madre; esa Mujer bendecida y alabada por todas las generaciones; esa Mujer es Madre mía. Si me postro ante su altar y la dirijo mis plegarias, puedo estar seguro de que encontraré en ella el corazón y entrañas de una madre. De la fiesta que ahora mismo se está celebrando en los Cielos, desciende á este valle de lágrimas una gota de eterna dulzura, un rayo de felicidad, que llena de júbilo á los Angeles. En efecto, H. M., hay dicha para todos hoy; dicha en el Cielo y dicha en la tierra. Celebremos, pues, en hora buena esta solemnidad que nos pertenece en parte, supuesto que nos pertenecen las riquezas de María. Una madre se goza en poseer mucho para dar mucho á sus hijos, considerándose tanto más feliz, cuanto más ellos lo sean. ¡Asunción de María! Frase es esta que se pronuncia pronto, A. H., pero que, no obstante su brevedad, encierra tesoros y gracias inefables. ¡Asunción de María! En estas pocas palabras, ¡cuántos prodigios, cuántos milagros se descubren! Desde luego se ve una muerte que es verdadera gracia, y un favor positivo. Además presenta una resurrección, que es el triunfo más glorioso y la victoria más completa. Finalmente, muestra una recompensa magnífica, que es la coronación de la criatura en los Cielos para toda una eternidad.

Ved aquí, A. H. M., los misterios de este día solemne; y ved al mismo tiempo, anticipadamente, una esperanza profética, en cuanto los beneficios que hoy recibe María son idénticos á los que á nosotros nos aguardan. Sí, cristianos; porque nuestras aspiraciones y destinos son, como los de María, divinos é inmortales; y en consecuencia, nuestra muerte debe ser una gracia, nuestra resurrección un triunfo, y nuestra recompensa una coronación en el seno mismo de la eternidad, como la de María.

Meditemos juntos, A. H., á vista de nuestra Madre, cuya sola presencia es una exhortación al bien y un impulso hacia la virtud; meditemos, digo, esta página, indudablemente la más bella de su santa vida, y que ha de ser asimismo una página de la nuestra.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

LA MUERTE DE MARÍA ES UNA GRACIA.

Preciosa in corp.

La muerte de la Santísima Virgen es, á todas luces, una gracia inapreciable. Estas palabras *gracia* y *muerte* son dos voces que ordinariamente se rechazan. ¡La muerte una gracia! ¡La muerte un beneficio! La muerte entre los mundanos no se presenta nunca sinó bajo de lúgubres imágenes. Su solo nombre hace espirar el júbilo en el corazón, pues hasta el alma, con ser inmortal, diríase que palidece á

vista de la muerte. Después del temible infierno, es, entre todos los castigos de Dios, el más espantoso. Sin embargo, la Religión, que ha venido á la tierra para levantar al hombre, aproximándolo al Cielo, después de sacarlo de su original degradación, ha cambiado la naturaleza de la muerte, quitándola cuanto de horrible tiene. Apelo en este instante á vuestra memoria, y acaso á vuestro dolor. ¿No recordáis ahora alguna muerte de las que se llaman dichosas? ¿No tenéis presente algún finado virtuoso, quizás algún deudo querido, á quien visteis en el lecho, convertido para él en ara de su postrer sacrificio, elevándose hacia Dios con la sonrisa en los labios, despidiéndose de vosotros y consolándoos mientras volaba al Cielo, á su patria, donde era aguardado? La muerte de tan venturosos seres fué un sueño dulce y pacífico. Durmiéronse en la tierra, entre los brazos de Jesús, y despertaron en el Cielo, dentro de su adorable Corazón. Y cuenta que, en el número de esas felices criaturas, había algunas que fueron infieles á Dios en este mundo; algunas que habían olvidado sus primeras promesas; algunas que no habían sido siempre puras, que habían roto decididamente su alianza con el Cielo, aunque recogiendo bastante tarde al redil, como ovejas que anduvieron descarriadas, y volviendo á los brazos del Padre de familias, como otro hijo pródigo. Sus faltas, sin embargo, habían sido olvidadas; la gracia había devuelto á ellos, al vestirse nuevamente la blanca túnica bautismal, agradecidos á la palabra de reconciliación pronunciada por el Sacerdote, y abrazados con la esperanza de la felicidad celeste.

¿Cuál sería, pues, H. M., la muerte de una criatura que siempre había conservado en su corazón una inocencia angélica, una pureza virginal? ¿Cuál sería la muerte de una criatura que jamás había ofendido á Dios, y que nunca había apartado del Cielo sus pensamientos y esperanzas? La muerte de una criatura tal, no dudo asegurarlo, sería una gracia para ella, una merced, el mayor de los beneficios: porque la muerte sería el levantamiento de un destierro y la vuelta á la patria celestial; sería el regreso de un hijo que, separado por algún tiempo de su padre, vuelve á sus brazos con mayor cariño.

No hemos de representarnos la muerte, en el estado de justificación, como un fantasma que amedrenta y turba, sinó como el Angel que nos libra de las cadenas y nos abre las puertas de la cárcel. No penséis, pues, en la guadaña de la muerte, sinó en las llaves del Cielo; en las llaves de la eternidad que trae en sus manos. No miréis la cavernosa boca del esqueleto, emblema de la muerte, sinó la sonrisa con que nos saluda, ofreciéndonos en este signo de benevolencia una prenda segura de paz y de eterna reconciliación. Así debe contemplar la muerte el hombre justo. Pero, ¿dónde está, entre las terrenales, aquella criatura que no ha cometido ni la más leve falta, y en la que Dios, que descubre hasta las imperceptibles manchas del sol, y ve defectos en sus Angeles, reconoce sólo virtudes, inocencia y santidad? Esa criatura tan limpia, tan hermosa y privilegiada, se encuentra en los altares que han levantado nuestras manos; esa criatura es María.

*Vivo sin
vivir en
mi...*

Vedla sobre la tierra, en medio de la corrupción, rodeada de fango y suciedad, dejarse ver como la personificación de la inocencia, albergando en su alma todas las virtudes, que arrojadas de nuestro corazón por el pecado, buscan en el de María, como en otra arca, el más seguro asilo. Reconozcamos que, gracias á la Criatura inmaculada, nunca la humanidad ha podido perder enteramente su antigua estimación, su belleza primitiva y el esplendor de que Dios había rodeado su primera cuna; porque María se conservó siempre tal cual Dios la hizo el día de su creación. ¡Ah, H. M.! Si deseáis concebir justa idea de lo que fué el hombre inmediatamente después de salir de la nada, trayendo la imagen y semejanza de Dios; si queréis comprender toda la belleza de una criatura sin la menor tacha y con toda la inocencia, acercaos al altar de María Santísima, y penetrando bien adentro en el santuario, en el corazón que fué para Jesucristo en la tierra el primer Tabernáculo, contemplad de rodillas, arreatados en éxtasis de amor y de admiración, las poderosas virtudes, llenas de fuerza y energía, que formaron á Jesucristo en la tierra; contemplad el admirable corazón de María donde el Verbo encarnado encontró un segundo cielo, otra patria que le hizo como olvidar su patria eterna y la compañía de sus Angeles.

Otro consuelo nos ofrece el misterio que hoy celebramos. Después de hacernos conocer lo que fué la muerte de María, nos dice que, para volver al Cielo, no tuvo necesidad de que los dolores y molestias de la enfermedad vinieran á herirla mortalmente. No fué preciso que se la animase á partir diciéndola: «Sal ya de este mundo, alma cristiana, y vuelve al seno de Dios, del cual descendiste;» no fué precisa, digo, esta diligencia, porque el ímpetu del amor y la llama de su propio deseo la llevaban á la mansión eterna. La Virgen no vivía sinó del Cielo, ni aspiraba á otra cosa que á seguir á su Divino Hijo. Desde que el Salvador subió á los Cielos, quedó la tierra para María triste como un desierto árido, anhelando reunirse al Hijo, objeto de sus complacencias, de su amor y de todos sus sacrificios. ¡Cuán hermoso debió parecer á la tierna Madre este día, en que sus cadenas iban á romperse, y á abrirse para ella la puerta de la eternidad! No es otra la razón de que celebremos la memoria de su muerte de distinto modo de cómo celebramos la de nuestros amigos y parientes. El aniversario del fallecimiento de éstos nos llama á su tumba, sobre la cual vertemos lágrimas, flores y plegarias; pero el día que nos recuerda la muerte de la Santísima Virgen, ni aún nos convida á rodear su sepulcro, porque está vacío, no teniendo, como el Sepulcro del Salvador, nada que devolver al fin de los tiempos. Ya los Apóstoles cuando, algunos días después de la muerte de María Santísima, examinaron el lugar donde había sido enterrada, no encontraron en él sinó flores y deliciosos aromas, descubriendo en el aire la huella luminosa que había dejado la Bienaventurada Virgen al remontarse á los Cielos. ¡Oh! Solamente con exponer esta piadosa tradición, este recuerdo sabroso de la santa antigüedad, comprenderemos todo lo que, para las almas

devotas, hay en esa relación de bello y de magnífico; todo lo que, para las almas poseídas del divino amor, hay de tierno, de delicioso y de apetecible.

Si amamos, pues, á Jesucristo; si decimos verdad cuando pronunciamos las palabras «venga á nos el tu reino;» si somos hijos, no del tiempo, sinó de la eternidad; si nuestra vida, en fin, es más que una vegetación material, alimentada por los sentidos, preciso es que nos aqueje frecuentemente la necesidad de un porvenir mejor; preciso es que sintamos en nuestra alma un gran vacío, la falta de una cosa importante, el deseo de habitar en otra patria. Todos nuestros instintos, todas nuestras aspiraciones, deben elevarnos al Cielo. ¡Ah, H. M.! ¿No son éstos los sentimientos que os han animado muchas veces, postrados al pié del altar, junto á la Santa Mesa, en vuestro retiro y en otras varias circunstancias? ¿No os ha sucedido en muchas ocasiones, al entregaros totalmente á Dios, á la inocencia y á la virtud, al apartaros totalmente del mundo, oír como voces tristemente armoniosas, que, hablándoos dentro de vosotros mismos, os decían que no sois en la tierra más que peregrinos y caminantes; que la vida en este mundo, es como una tienda levantada para una sola noche; que todo lo que hacéis es un breve tránsito por este lugar de destierro; que vuestra patria, en fin, está allá arriba? ¡Oh! Vuestro propio corazón, que muchas veces es reflejo del Corazón de Dios, os dice que la patria preparada para el hombre racional y capaz de amor, debe ser más hermosa y perfecta que el mundo material. Si esta idea ha dejado alguna impresión en vosotros, no os será difícil seguir con el pensamiento á vuestra Madre, á vuestra Reina, que sube á la mansión de la eternidad.

¿Qué sentiríais, A. H. M., si después de haber bañado con vuestras lágrimas la tumba que encerraba los despojos mortales de vuestra madre querida, vieseis de repente que levantándose la losa, y desembarazándose vuestra madre del lienzo mortuario, salía triunfante del sepulcro para colocarse en un altar, donde recibiera culto y homenajes que sólo se tributan á los amigos de Dios, á los verdaderos héroes, que son los Santos?

Pues ved aquí, cristianos, lo que hoy sucede á la humanidad entera. Todos vemos á la que es nuestra Madre, salir victoriosa del sepulcro, y colocarse, no personalmente en los altares de los templos, sinó sentarse en un trono exclusivamente suyo, junto á Dios, en la bienaventuranza. Allí, H. M., está nuestro puesto, porque los hijos no están bien sinó donde está la Madre: si son pequeños, en su regazo; si mayores, asidos de su mano, y á la sombra de su amparo; y si varones, unidos á ella por el afecto y la veneración. Nuestro sitio es junto á la Madre, que no está en el mundo, sinó en el Cielo. Por esta razón debemos seguir, ya que no en realidad, con el pensamiento siquiera, el glorioso triunfo de María, triunfo que será más adelante el nuestro. De ordinario no se celebra con regocijos el día de la muerte de las personas que amamos. Ese día nos rodea de luto y de